

## ADVIENTO 2008

El próximo día 30 de noviembre en la Iglesia católica que sigue el rito romano comienza el nuevo Año Litúrgico, como siempre con el primer domingo de Adviento. La historia de la liturgia muestra la diversidad de las tradiciones litúrgicas, como la mozárabe en España o la galicana, la ambrosiana en Milán, que comienzan un poco antes. Otras comunidades de tradición litúrgica bizantina ponen el comienzo de su año litúrgico en la Pascua, mientras que el año santoral da comienzo en septiembre. Esta realidad ha sido el resultado de un desarrollo muy largo y complicado, desde el momento en que Jesús en la última cena pidió a los apóstoles “haced esto en memoria mía”. Es decir, todo el año litúrgico se propone celebrar esta memoria, por eso los acontecimientos del Misterio pascual son el centro desde el que se ha desarrollado el año de la salvación que celebramos. El año litúrgico, incluido el adviento, se encuentra ya dispuesto casi como lo celebramos en la actualidad, a partir del siglo VIII.

1. El tiempo de adviento se desarrolló en torno a la preparación de los catecúmenos que iban a ser bautizados el día 6 de enero, memoria del Bautismo del Señor y de las bodas de Caná. Después del año 356, cuando se había aceptado ampliamente la celebración de la Natividad del Señor el día 25 de diciembre, sustituyendo una fiesta de origen pagano – dies solis invictus – porque el sol comienza a crecer el 24 de diciembre, pasado el solsticio de invierno, hasta el 24 de junio – fiesta de san Juan Bautista -, e indicando un medio ambiente romano en el que se practicaban cultos solares, el tiempo de adviento se fue afirmando como preparación a la Natividad. En un canon del son de Zaragoza del año 380 habla de la “presencia en la iglesia” durante veintiún días desde el decimosexto antes de las calendas de enero (PL 85, 66). Pero era un adviento propio de occidente (Galia e Hispania) con elementos ascéticos y otros litúrgicos, a veces llamado cuaresma de san Martín - que llamaba la atención sobre la venida gloriosa del Señor – segunda venida (adventus Filii homini, de Mt 24,27) – y un adviento que es preparación a la Natividad. En oriente no se dio este periodo de preparación, pero recuerda una semana de anunciaciones, antes de la natividad (en el rito siríaco) y en el bizantino se recuerda la semana antes a todos los patriarcas y justos del A.T. hasta la Viregen María.

2. En la actualidad, el tiempo de Adviento conserva estos dos aspectos, la doble venida de Cristo (Prefacio I de adviento), como Señor y Juez de la historia y como venida en la carne, nacido de María, nueva Eva. Los motivos cristológicos y marianos se encuentran en los prefacios de estas cuatro semanas. En las ferias de los días 17 al 24 las antífonas del Magnificat del oficio litúrgico contienen en sus expresiones de sabor bíblico el contenido cristológico que la Iglesia celebra dando a Cristo los títulos que son punto de apoyo de la esperanza cristiana. SI la venida del Señor es presentada como un encuentro con Cristo, la parábola de los siervos diligentes (Mt 24,44-51, mc 13,33-37; Lc 12,1-13) y la parábola de las diez vírgenes (Mt 25,1-13) indican la solicitud con la que la Iglesia se prepara para recibir al Señor: “Cuando llegue y llame a la puerta, nos encuentre vigilando en la oración y exultantes en la alabanza” (Colecta del lunes de la segunda semana de adviento).

3. Las figuras que os ayudan a encontrar el tono y la actitud de este tiempo, son Isaías, Juan Bautista, la Virgen María, san José. En tiempo de adviento se lee el libro del profeta Isaías por ser el profeta portador de una esperanza que se concentra en el llamado “Libro de la consolación” (capítulos 40-55), un anuncio de liberación, de un éxodo glorioso y de la creación de una Jerusalén nueva. El mensaje viene a decirnos que no hay motivo para dudar de Dios, de si no cumplirá sus promesas. El que ha creado los cielos y la tierra no carece de potencia para salvar a su pueblo (Is 48,13). La salvación es como una creación nueva (Is 45,7-8). Juan el Bautista es el último de los profetas, el que resume en su vida y voz la historia previa, prepara la vía del Señor y ofrece al pueblo de Dios el conocimiento de la salvación, anunciando la remisión de los pecados y la misericordia del Señor; por eso señala la presencia del Mesías como “cordero de Dios que borra los pecados”, indicando que está presente en medio de su pueblo (Jn 1,29-34).

La Virgen María, cooperadora en el misterio de la redención, está presente en el Adviento desde dentro, no como algo añadido: “Sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de Él con confianza esperan y reciben salvación... con ella, excelsa Hija de Sión, tras la larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva Economía, cuando el Hijo de Dios asumió de ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne” (*Lumen Gentium* 55). En el tiempo de Adviento está en relación con la venida del Señor, en su disposición ardiente y su preparación espiritual, ya que en ella culmina la esperanza mesiánica de todo el pueblo de Dios. El adviento, en su inmediata preparación a la Natividad del Señor, recuerda la maternidad divina de María. El Hijo de Dios no desciende del cielo con un cuerpo de adulto, creado directamente por Dios (como Adán, cf. Gn 2,7) sino que llega al mundo, “nacido de una mujer” (Gál 4,4) para salvar al mundo desde dentro.

San José, aparece en el tiempo de adviento con la humildad que le caracteriza. El esposo de María es el padre legal de Jesús, como hombre justo que garantiza el cumplimiento de la promesa hecha por Dios a su pueblo, pues mediante David, del que desciende, aparece su vinculación con Abrahán. Por su fe es un ejemplo para cualquiera de nosotros dispuesto al diálogo con Dios y a entrar en comunión con Él.

4. El adviento considera todo el misterio de la venida del Señor en la historia hasta su conclusión. La salvación es una realidad perteneciente a la historia, ya que es el mismo Dios el que se manifiesta, se da a conocer, es el Dios de la promesa y de la alianza: se manifiesta para ser encontrado como salvador en el tiempo, que se vuelve un signo de la presencia y de la acción de Dios. Con la venida de Jesús de Nazaret ese tiempo alcanza su plenitud (Gál 4,4) y la acción salvífica de Dios se vuelve más visible. Por eso, el adviento tiene también una dimensión de futuro, pues es el Dios “que era, el que es y el que viene” (Ap 1,4-8), realiza la salvación y está presente para salvarnos en Cristo (Jn 4,26; 8,24; 13,19). No sólo por la mirada a las cosas últimas (muerte, juicio, infierno o gloria, en sentido individual) sino por el dinamismo histórico de la promesa salvífica de Dios que se va cumpliendo hasta llegar el día del Señor. Estamos salvados, plenamente justificados (Rm 5,1) pero en esperanza, porque la herencia de la salvación se manifestará del todo al final de los tiempos. Es el adviento el tiempo de la Iglesia, del anuncio del reino y de su arraigo en el corazón de los seres humanos, por eso, es tiempo de misión, de edificación del cuerpo de

Cristo, de forma que lleguen todos a la única fe y al conocimiento del único Hijo de Dios, de modo que todo el universo crezca hacia Cristo (Ef 4,15). La misión realiza el advenimiento de Cristo en la Iglesia y por medio de la Iglesia, movida por el Espíritu, que la ayuda a profundizar en el misterio de la participación y continuación de la misión del Hijo, enviado por el Padre y a ser dócil al Espíritu. Lo mismo que el Bautista prepara el camino del Señor, y lo mismo que María llevando en su seno a Cristo santifica a Juan en su visita a Isabel, así la Iglesia preparando el camino a Cristo y santificando a los fieles, lleva a cabo su misión. Jesús es el punto clave para comprender el significado de esa misión y el sentido del testimonio de la fe viva que transforma nuestras vidas.

5. La espiritualidad del advenimiento nos pide que vivamos las actitudes esenciales de la vida cristiana: la vigilancia gozosa, porque Dios nos da a conocer toda la fidelidad de su amor en Cristo. Lo que se espera llegará, porque Dios es fiel; la tierra se llenará de júbilo porque conocerá la salvación y la justicia. El canto del *Magnificat* es la oración del advenimiento, por eso la esperanza, porque Dios Está con nosotros (Rm 15,13): Dios para nosotros y con nosotros. La llamada a la vigilancia que se nos dirige en el advenimiento es un toque de atención para que percibamos esta presencia, que nos ama y nos consuela, nos guía y nos conduce por el camino del retorno al Padre. El camino es practicable desde el momento en que el Hijo vino para acampar entre nosotros, para ser uno de nosotros.

El tiempo de conversión es el de la vuelta al Señor, luchando contra la negligencia y la tibieza, dejando a un lado lo que puede ser atracción por los bienes terrenos o los placeres mundanos, y más en este tiempo en el que no se requiere sólo renuncia, sino dar de lo mío a los demás, para compartir. Convertirse es una seria lucha contra toda forma de tiniebla – cualquier forma de mal que nos afecte -. Por eso la sobriedad, superar lo que son excesos consumistas del ambiente navideño más decadente, para estar atentos al Señor que llega o nos llama la atención en nuestro hermanos necesitados. Junto a la conversión la oración (1Pd 5,8-9): sed vigilantes, orad y sed sobrios.

-- Prepararse al nacimiento del Señor es aceptar la filiación que Dios nos ofrece, hasta que aparezca lo que seremos en toda su plenitud en la Parusía. En el nacimiento humano del Verbo, del que recibimos la gracia participando en los sacramentos, la Iglesia percibe la fuente de la propia santidad. Celebrando el nacimiento recibe la abundancia de la vida que el Verbo nos trae, anticipo de la que en toda su plenitud alcanzaremos en la venida del Señor en gloria y majestad. Cristo ya vino, pero también es “el que viene”. Ha venido y está presente en su Iglesia, por eso lo encuentra presente el misterio celebrado, en el sacramento, que anuncia la salvación hasta que aparezca en toda su plenitud. Nos preparamos al nacimiento de Cristo como participación en el misterio, en la filiación divina, asimilando en nosotros la imagen del Hijo de Dios.

Propuestas de preparación al advenimiento:

- Reforzar nuestra pertenencia a la Iglesia, a la comunidad de los hijos de Dios, para que con la libertad de la fe superemos rémoras y tradiciones que ofuscan el evangelio y seamos ante todos el rostro de Dios, su amor sin límites, que nos llega por Cristo. Es muy posible – si lo aceptamos con sinceridad - que la fe en Jesucristo, el salvador, nos ayude a dejar a un lado la

búsqueda espasmódica de una libertad estéril e inhumana, para fortalecer la conciencia personal y libre abierta al prójimo y encontrar la verdad que nos ayude a realizarnos.

- De este modo iremos aprendiendo, cada uno y entre todos, a librarnos de la tentación de crearnos un Dios a nuestra imagen y conveniencia, porque no tenemos otro camino que el de Cristo. La vocación cristiana no es solo comportarse de forma educada y civilizada, sino ser criaturas nuevas, según la voluntad de Dios. Que su amor nos ayuden a vivir la afectividad y la sexualidad como un don de Dios con el que nos hace ser imagen y semejanza suya.

- Tendremos que aceptar con claridad de pensamiento y en las decisiones y acciones de cada día (en el trabajo, en la relación con los demás, en el trato con las personas, en el cumplimiento de las normas y leyes) que ninguna ley, ni tampoco las instituciones, pueden – ni deberían – ser impedimento para actuar bien, para buscar el bien de todos, porque es el primer paso para cumplir el mandamiento evangélico del amor a Dios y al prójimo.

- En estos tiempos de crisis y ante el paro creciente, los responsables de la vida laboral (gobierno, sindicatos, empresarios), los que contratan a los trabajadores y empleados, tienen que tener en cuenta la dignidad de la persona antes que el beneficio o el dinero y los intereses que pueden ganar. Y todos nosotros pensar que la austeridad es un modo de compartir con los demás lo que tenemos.

- Nuestra oración de adviento, el “¡Ven, señor Jesús!”, nos haga confiar en su venida, para que se revele a los sencillos y a los humildes, y que al pedir por la Iglesia que formamos todos, pidamos la fortaleza de anunciar que Dios es Padre de todos y en Cristo todos somos hermanos, amados por el mismo y único Padre.

Demos gracias a Dios porque ha querido estar junto a nosotros dándonos a su Hijo, Jesucristo, y por eso sabemos que así nunca estamos solos. Gracias porque ha querido que fuéramos partícipes de su misma vida, pues nos ha llamado a ser santos, como Él es santo. Y gracias porque junto a su Hijo nos ha dado el Espíritu Santo que nos ilumina y abre los ojos, es como la fuerza luminosa que cada día nos educa y nos guía.

Y pidámosle perdón porque realmente somos poco santos, porque no hemos dejado que su Hijo nazca de verdad en nosotros, ni recordamos, con frecuencia, los dones que nos ha concedido y que con ellos podemos ser y debemos ser como Él quiere, porque no somos suficientemente coherentes y fieles para vivir cada día según nuestro compromiso cristiano: “Ayúdanos a superar nuestras incontables distracciones, debilidades y egoísmos; ayúdanos a ver con claridad y querer realizar lo que es nuestra capacidad, y que nuestra vida se vuelva poco a poco, cada día más santa, que nuestras acciones, nuestras palabras, estén dirigidas de verdad al Señor y al prójimo, para amarte como tu quieres y a nuestros hermanos como a nosotros mismos”.